

LEONID ANDRÉYEV

LAS TINIEBLAS

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE NICOLÁS TASIN

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL ТЪМА

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S. A. U.

ISBN: 978-84-92649-18-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 29 587-2009

Ilustración de la cubierta, fragmento de *La Santé de l'autre*,
de Felix Vallotton

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN agosto de 2009

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

Hasta entonces tuvo suerte en todo cuanto hizo, pero aquellos últimos días le habían sido, más que desfavorables, hostiles. Como hombre cuya vida entera parecía un juego de azar muy peligroso, conocía bien estos bruscos cambios de fortuna y sabía aceptarlos con calma: la apuesta en este juego era la vida, su propia vida y la de los demás, y gracias a eso había aprendido a estar siempre alerta, a darse cuenta rápidamente de la situación y a calcular con sangre fría.

Esta vez tenía también que obrar con astucia. Un azar cualquiera, una de esas pequeñas casualidades que no se pueden prever siempre, había puesto a la policía sobre su pista. Hacía dos días que él, terrorista y lanzador de bombas conocido, se veía perseguido incesantemente por espías que le encerraban en un cerco estrecho y apretado. No podía hallar asilo en los círculos donde se conspiraba, porque serían descubiertos por los espías. No podía andar más que por determinadas calles y avenidas; pero las cuarenta y ocho horas que llevaba sin dormir, constantemente en

guardia, le habían fatigado de tal modo que temía otro peligro: podía quedarse dormido en cualquier parte, sobre un banco, en una calle, hasta en un coche, y ser conducido a un puesto de policía de la manera más estúpida, como un simple borracho. Era martes. A los dos días, el jueves, tenía que realizar un acto terrorista muy importante. Todo el comité venía haciendo desde largo tiempo preparativos para el asesinato, y precisamente a él se le había conferido el «honor» de arrojar aquella última bomba. Así pues, era preciso, costara lo que costara, no dejarse detener hasta aquel día.

En estas circunstancias, una noche de octubre, en el cruce de dos calles, tomó la decisión de entrar en una casa de lenocinio. Hacía mucho tiempo que habría recurrido a este medio—que, por otra parte, no era tampoco muy seguro—, pero le había faltado valor. A los veintiséis años era virgen aún, no conocía a las mujeres como tales y jamás había penetrado en un lupanar. En otros tiempos, tuvo que sostener una larga y penosa lucha contra su carne, que se rebelaba; pero se había ido acostumbrando poco a poco a dominar sus deseos sexuales, y aprendió a mirar a las mujeres con calma e indiferencia.

Ahora, puesto en la necesidad de tener estrecho contacto con una de esas mujeres que venden amor como una mercancía—lo que quizá le obligaría a verla desnuda—, presentía toda una serie de pequeños inconvenientes muy desagradables. En rigor, estaba dispuesto, si era absolutamente necesario, a aceptar el amor carnal de una prostituta que iba a encontrar en la casa de lenocinio: actualmente, cuando no sentía ya ningún deseo de poseer a una mujer, y sobre todo la víspera de un acto tan grave y decisivo, su virginidad no tenía ya importancia ni él se la concedía. Pero aun así era desagradable, como un pequeño detalle tan repugnante como ineludible. Una vez, durante un acto terrorista al que asistió como lanzador de bombas de reserva, vio un caballo muerto por la explosión, con la grupa desgarrada y los intestinos al aire; y este pequeño detalle terrible y repulsivo, y al mismo tiempo inútil e inevitable, le causó una impresión aún más penosa que la muerte de su camarada, al que la bomba mató allí mismo. Y en tanto pensaba serenamente, sin miedo alguno, hasta con alegría, en lo que de allí a dos días iba a suceder, y en que, muy probablemente, habría de morir, la noche que tenía que pasar con una prostituta, con una mujer que hace

del amor una profesión, le parecía absurda, estúpida, algo impropio y desprovisto de lógica...

Pero no había más remedio. Estaba ya tan extenuado que no se podía tener en pie.

II

Llegaba demasiado temprano: las diez de la noche, pero la gran sala blanca con sillas doradas y espejos a lo largo de las paredes estaba ya dispuesta para recibir a los visitantes. Todas las luces estaban encendidas. La casa era de las de primera clase. Ante el piano, cuya tapa fue levantada, se sentaba un músico joven muy correcto, vestido con una levita negra. Estaba fumando, poniendo gran atención en que la ceniza del cigarro no le cayera en la ropa, y hojeaba los cuadernos de música. En un rincón, cerca de un salón casi a oscuras, estaban sentadas, unas junto a otras, tres muchachas que hablaban en voz baja... Cuando entró, acompañado por la dueña de la casa, se levantaron dos de las muchachas; la tercera siguió sentada. Las dos primeras, que llevaban vestidos muy escotados, le miraron a los ojos con expresión provocativa y, al mismo tiempo, indiferente y cansada; la tercera, que llevaba un vestido negro muy ajustado al cuerpo, volvió la cabeza y mostró un perfil sencillo y sereno que la hacía parecer una joven honrada sumida en sus reflexio-

nes. Ella era probablemente la que estaba contando algo a las otras dos cuando él entró en la sala, y ahora seguía pensando en lo que acababa de relatarles. Y eligió precisamente a ésta porque reflexionaba en silencio, porque no le miraba y porque era la única que parecía una mujer honrada. No había estado nunca en casas de lenocinio y no sabía que en todas ellas, cuando están bien dirigidas, hay una o dos mujeres de ese género: van siempre vestidas de negro, como monjas o viudas jóvenes, sus rostros están pálidos y sin colorete, mantienen la expresión severa y procuran dar a los hombres la impresión de honradez. Pero cuando se van con los clientes a la alcoba y comienzan a beber, son como todas las demás mujeres de su especie, y a veces peores: frecuentemente promueven escándalos, rompen la vajilla, danzan en cueros, y a veces se muestran así, completamente desnudas, en el salón. Otras veces llegan a pegar a los huéspedes demasiado impertinentes. Éstas son las mujeres de las que se enamoran los estudiantes borrachos que empiezan a predicarles una nueva vida de honradez.

Pero él no lo sabía. Cuando ella se levantó con aire disgustado y severo, cuando le miró con sus ojos pintados de negro, mostrándole un rostro pá-

lido y mate, se dijo: «¡Si todo su aspecto es honrado!». Este pensamiento le consoló. Pero obligado por la duplicidad de su vida a ocultar sus verdaderos sentimientos como si fuera un actor en el escenario de un teatro, saludó como un experimentado hombre de mundo, castañeteó los dedos y dijo a la muchacha, con el tono de quien está habituado de antiguo a las mancebías:

—¡Vamos a ver, chatita mía! Llévame a tu cuarto. ¿Dónde está tu nido?

Ella manifestó su extrañeza, frunciendo las cejas.

—¿Ya?

Él enrojeció y, enseñando sus hermosos y fuertes dientes, respondió:

—¡Pues naturalmente! ¿Para qué perder un tiempo precioso?

—Va a haber música. Vamos a bailar.

—Sí, pero... ¿qué es eso de los bailes, niña? Una diversión estúpida; la caza de la propia cola... En cuanto a la música, la oiremos desde tu cuarto.

Ella le miró y sonrió.

—¡Ya, ya! No será mucho lo que oigamos desde allí.

Le empezaba a gustar. Tenía una ancha cara rasurada de pómulos salientes; sus mejillas y su

labio superior tenían un color ligeramente azulado, como en todos los morenos recién afeitados.

Sus ojos negros eran bellos, si bien había algo de inmóvil en su mirada, y se revolvían pesada y lentamente en sus órbitas como si tuvieran que recorrer cada vez una distancia muy larga. A pesar de estar perfectamente afeitado y ser desenvueltos sus ademanes, no parecía un actor, sino más bien un extranjero rusificado; quizá un inglés.

—¿No eres alemán?—preguntó la muchacha.

—Un poco. Acaso inglés. ¿Te gustan los ingleses?

—¡Pero si hablas ruso perfectamente! No se diría que eres extranjero.

Entonces recordó que tenía un pasaporte inglés, y que en aquellos últimos días había estado procurando hablar ruso con acento extranjero, pero esta vez se distrajo y lo hablaba correctamente. Esto le hizo enrojecer. Sombrío, descontento de sí mismo, cansado ya de aquella nueva comedia, cogió a la joven por el brazo.

—Soy ruso, ruso. Y bien, ¿dónde está tu cuarto? ¿Es por aquí?

En aquel gran espejo que llegaba hasta el suelo se reflejaban claramente las dos imágenes a cierta distancia: ella vestida de negro, muy pálida y

muy linda; él, alto, de hombros anchos, igualmente vestido de negro y no menos pálido. A la luz de la araña eléctrica resaltaba especialmente la palidez de su frente abombada y de sus pómulos salientes. En el lugar de los ojos, tanto de él como de ella, no se veía en el espejo sino dos agujeros misteriosos, pero bellos. Y ambos parecían tan poco banales entre aquellas paredes blancas, dentro del amplio marco dorado del espejo, que él se detuvo un instante, sorprendido, y pensó que semejaban dos novios. Estaba tan abrumado por la vigilia, que sus pensamientos eran desordenados, a veces estúpidos. Pasado un minuto, al mirar en el espejo aquella pareja negra, severa, se diría que más bien parecían personas que acompañan un ataúd. Las dos comparaciones le resultaron desagradables.

Parecía como si la muchacha experimentara el mismo sentimiento: también miró con extrañeza, en el espejo, su propia figura y la de su compañero. Cerró a medias los ojos; pero el espejo no recogió este movimiento y continuó reflejando impasible sus contornos negros e inmóviles. Esto recordó probablemente alguna cosa a la muchacha; sonrió y apretó ligeramente el brazo de su compañero.